



*En primer lugar, cuando escribí este libro\*, lo que me parecía más evidente era el hecho de que había abandonado el mundo de mi tiempo con toda claridad y con total libertad. La ruptura y la reclusión eran, para mí, cuestiones de la mayor importancia. De ahí el tono más bien negativo de muchas partes de este libro.*

*Desde entonces he aprendido, creo, a mirar al mundo con mayor compasión, viendo a cuantos viven en él no como alienados de mí mismo, no como extranjeros, extraños y engañados, sino como identificados conmigo mismo. Al romper con «su mundo», extrañamente he roto con ellos. Al liberarme de sus engaños y preocupaciones me he identificado, sin embargo, con sus luchas y con su ciega y desesperada esperanza de felicidad.*

*Mas, precisamente porque me he identificado con ellos, debo rehusar de una forma más definitiva si cabe a hacer míos sus engaños ilusorios. Debo rechazar su ideología de lo material, el poder, la cantidad, el movimiento, el activismo y la fuerza. Rechazo todo esto porque veo en ello la fuente<sup>1</sup> y la expresión del infierno espiritual que el hombre ha hecho de su mundo: el infierno que ha estallado en llamas en dos guerras totales de horror increíble, el infierno del vacío espiritual y de la furia<sup>2</sup> infrahumana que ha dado como resultado crímenes como los de Auschwitz e Hiroshima. Esto es lo que puedo y debo rechazar con toda la fuerza de mi ser. Esto es lo que todos los hombres cuerdos buscan rechazar. Pero la cuestión es: ¿cómo podría alguien rechazar con sinceridad el efecto si continúa abrazando su causa?*

*Mi conversión a la fe cristiana, o para ser precisos mi conversión a Cristo, es algo que siempre he considerado como una liberación radical de los engaños y obsesiones del hombre moderno y de su sociedad. Siempre he creído y continúo creyendo que la fe es la única protección real contra la absorción de la libertad y de la inteligencia por obra de la servidumbre crasa e insensata de la sociedad de masas. La fe religiosa, y sólo la fe, es la que puede abrir el terreno interior del ser del hombre a la libertad de los hijos de Dios, y preservarle del sometimiento de su integridad ante la seducción de una vida totalitaria<sup>3</sup>. La razón de ello es que independientemente de lo que piense el hombre, su pensamiento está basado en alguna creencia fundamental de algún tipo. Si cree en proclamas y doctrinas a las que se le induce a partir de alguna ideología política o económica, entregará su verdad más íntima a manos de alguna compulsión externa. Si su creencia es una suspensión de todo credo, y una aceptación de la estimulación física por sí misma,*

---

\*\* Nota de la Dirección: Merton se refiere a su libro *La montaña de los siete círculos*, y estos párrafos que reproducimos ahora son parte del prólogo que él mismo escribió para la edición japonesa de la misma obra diez y siete años después de la aparición de la primera edición inglesa (El texto completo puede verse en: THOMAS MERTON, *Querido lector. Reflexiones sobre mi obra*, Ávila 1991, págs. 67-71, ISBN 84-922680-0-X. Traducción, revisión bibliográfica y notas de FERNANDO BELTRÁN LLAVADOR).

1 La palabra “fuente” fue cambiada por “corazón” en la edición japonesa.

2 “Furia” fue cambiada y en su lugar se utilizó “insensibilidad”, en la edición japonesa.

3 Este párrafo quedó dividido en dos después de esta frase en la edición japonesa.

*todavía sigue “creyendo” en la posibilidad de alguna felicidad racional alcanzable de ese modo. El hombre tiene que creer en algo, y aquello en lo que cree se convierte en su dios. Servir a alguna entidad humana o material como al propio dios es ser esclavo de lo que perece, y de ese modo estar encadenado a la muerte, al sufrimiento, a la falsedad y la miseria. La única libertad verdadera se encuentra en el servicio a eso que está más allá de toda limitación, por encima de cualquier definición, a lo que trasciende todo aprecio humano: eso que es Todo y que por tanto no es cosa alguna limitada o individual. El Todo no es «nada», pues si fuera algo separado de todas las demás cosas, ya no sería Todo. Esta es precisamente la libertad que siempre he buscado: la libertad de verme sometido cosa alguna y por tanto la libertad para vivir en Todo, mediante el Todo, para el Todo, por Aquél que lo es Todo. En términos cristianos, eso es vivir «en Cristo» y por el «Espíritu de Cristo», porque el Espíritu es como el viento y sopla donde le place, y El es el Espíritu de la Verdad. «La Verdad os hará libres».*

*Pero si la Verdad me ha de hacer libre, también debo dejar de aferrarme a mí mismo, dejar de retener la semblanza de un yo que es un objeto o una «cosa». También yo he de ser “nada”, ninguna cosa. Y cuando no soy nada, estoy en el Todo, y Cristo vive en mí. Pero Aquél que vive en mí son todos cuantos me rodean. El que vive en el mundo caótico de los hombres está escondido en medio de ellos, incognoscible e irreconocible porque no es «nada». Así, en los cataclismos de nuestro mundo, con sus crímenes, sus mentiras y su tremenda violencia, El que sufre con todos es el Todo que no puede sufrir. Y sin embargo El es el que sufre para que nosotros podamos vivir en El...*

*Mi monasterio no es un hogar. No es un lugar en el que me encuentre arraigado y establecido en la tierra. No es un entorno en el que sea consciente de ser un individuo, sino mas bien un lugar en el que desaparezco del mundo como objeto de interés a fin de estar en él en todas partes por medio del ocultamiento y la compasión. Para existir en todas partes tengo que ser Nadie.*

*Pero el monasterio no es una «huida» del mundo. Por el contrario, al estar en el monasterio asumo mi verdadero lote entre todas las luchas y sufrimientos del mundo. Adoptar una vida que es esencialmente no- autoafirmativa, no-violenta, una vida de humildad y de paz es en sí una declaración de la propia postura. Pero cada uno en esa clase de vida puede, por la modalidad personal de su decisión, otorgar a su vida<sup>4</sup> entera una orientación especial. Es mi intención hacer de mi vida entera un rechazo de y una protesta contra los crímenes y las injusticias de la guerra y de la tiranía política que amenazan con destruir a toda la raza humana y al mundo entero.*

*A través de mi vida monástica y de mis votos digo NO a todos los campos de concentración, a los bombardeos aéreos, a los juicios políticos que son una pantomima, a los asesinatos judiciales, a las injusticias raciales, a las tiranías económicas, y a todo el aparato socioeconómico que no parece encaminarse sino a la destrucción global a pesar de su hermosa palabrería en favor de la paz. Hago de mi silencio monástico una protesta contra las mentiras de los políticos, de los propagandistas y de los agitadores, y cuando hablo es para negar que mi fe y mi iglesia puedan estar jamás seriamente alineadas junto a esas fuerzas de injusticia y destrucción. Pero es cierto, a pesar de ello, que la fe en la que creo también la invocan muchas personas que creen en la guerra, que creen en la injusticia racial, que justifican como legítimas muchas formas de tiranía. Mi vida debe, pues, ser un protesta, ante todo, contra ellas...*

---

<sup>4</sup> “Vida” fue sustituida por “existencia” en la edición japonesa.

*Si digo que NO a todas esas fuerzas seculares, también digo SI a todo lo que es bueno en el mundo y en el hombre. Digo SI a todo lo que es hermoso en la naturaleza, y para que éste sea el sí de una libertad y no de sometimiento, debo negarme a poseer cosa alguna en el mundo puramente como mía propia. Digo SI a todos los hombres y mujeres que son mis hermanos y hermanas en el mundo, pero para que este sí sea un asentimiento de liberación y no de subyugación, debo vivir de modo tal que ninguno de ellos me pertenezca ni yo pertenezca a alguno de ellos. Porque quiero ser más que un mero amigo de todos ellos me convierto, para todos, en un extraño.*

---

---

En la introducción especial de su capítulo sobre la guerra en *Nuevas Semillas de Contemplación*, editada en octubre de 1961, en la edición del *Catholic Worker*, Thomas Merton declaró: "*La única tarea impuesta por Dios para el mundo de hoy... es trabajar hacia la abolición total de la guerra*" (*Passion for Peace*, 12). La importancia única atribuida a esta tarea no solamente nos indica del peligro crítico en que se encontraba el mundo a principios del 1960, pero también su convicción de que la oposición a la guerra, en particular la guerra nuclear, es la dimensión intrínseca de una auténticamente moral cristiana y vida espiritual. El fracaso de confrontar la cuestión de la guerra era para Merton la abdicación de la responsabilidad cristiana en la afirmación de la dignidad humana de cada persona y de amar al prójimo como a sí mismo.

La vida de Merton fue enmarcada por las guerras del siglo veinte. Nació en el sur de Francia "en el año de una gran guerra" (*La montaña de los siete círculos*). Su ingreso en la Abadía de Getsemaní coincide con la entrada de América en la segunda "gran guerra", en la cual su único hermano murió. El cadáver de Merton, según se sabe, fue trasladado por avión a América desde el Sudeste de Asia en compañía de militares muertos en una guerra a la que él se había opuesto tenazmente. Aunque sus más importantes escritos sobre la guerra vienen de los últimos ocho años de su vida, son fruto de una preocupación que preceden su conversión, preocupación que le llevó a inscribirse como objetor de conciencia como Católico al principio de la Segunda Guerra Mundial.

En los primeros escritos sobre la guerra enfatiza la noción de una responsabilidad personal por la creación de un tipo de sociedad inmoral que hace posible la guerra; no solamente son los alemanes "orgullosos, engreídos, violentos, pomposos, crueles, y cobardes", según Merton escribe en su diario, "debido a todas estas cosas en nuestros corazones, también conseguimos guerras y revoluciones por toda la tierra, y eso es lo que significa cuando decimos que las guerras son castigos del cielo sobre nosotros por nuestros pecados porque, si amáramos más a Dios y menos la violencia, no tendríamos guerras y revoluciones" (*My Argument with the Gestapo; La Montaña de los Siete Círculos*). Pero también reconoce los motivos económicos, políticos, e ideológicos para la guerra, y reflexiona que la oposición a la guerra sencillamente basándose en sus horrores o su devastación económica no es motivación suficientemente fuerte para preservar la paz.

En su única reflexión ampliada editada sobre la guerra, aparte de la de su autobiografía, en el periodo temprano de sus escritos, el capítulo "La raíz de la guerra es el temor", en *Semillas de Contemplación*, Merton enfatiza que solamente el amor a Dios y la confianza en Él puede traernos la paz duradera, "porque solamente el amor -que significa humildad- puede expulsar el miedo que es la raíz de toda guerra" (*Semillas de contemplación*), y vuelve a enfatizar la dimensión de la responsabilidad moral personal en la oposición a la guerra: "En lugar de odiar a las personas que piensas que son los que hacen las guerras, odia los apetitos y el desorden en tu propio corazón, que son las causas de la guerra". Cuando vuelve al tópico de la guerra en *Nuevas Semillas de Contemplación*, doce años después, conserva muchas de sus antiguas ideas, pero son parte de un capítulo mucho más desarrollado que enfatiza también los mitos colectivos que pintan al enemigo como un demonio, así como la hipocresía, o al menos ceguera moral, que reconcilian el lema "rezar por la paz" escrita en el franqueo de los sellos con la "sumas fabulosas de dinero, planificación, energía, ansiedad y el cuidado que se da a la producción de las armas las cuales casi inmediatamente se vuelven obsoletas y se convierten en chatarra". Insiste en la importancia de rezar por la paz, rezar "no solamente porque los enemigos de mi país cesen las guerras, pero sobre todo que mi propio país cese de hacer las cosas que hace que la guerra sea inevitable". También señala la necesidad de trabajar por la paz, oponiéndose a la "ficciones e ilusiones" que refuerzan el estado moderno, sea comunista o capitalista.

Aunque la aparición de *Nuevas Semillas de Contemplación* marca la entrada de Merton al foro público, al menos por un tiempo, sobre cuestiones de guerra y paz, no hay señal de ningún cambio de dirección radical en sus convicciones sobre la guerra. Tan pronto como en abril de 1948 deploró la falta de denuncia de los teólogos contra la amenaza de la guerra nuclear, en una carta de marzo de 1955 dirigida a Erich Fromm escribió: "Me parece a mí que no existen circunstancias que confieran legitimidad a la guerra atómica. El axioma *non sunt facienda mala ut eveniant bona* (no se debe hacer un mal para conseguir un bien) es aplicable aquí más que nunca.... Por lo tanto, estoy completamente con Vd. sobre la cuestión de la guerra atómica. Me opongo a ella con toda la fuerza de mi conciencia". En aquel momento, sin embargo, pensó que como religioso ermitaño "fuera del mundo" no se le permitiría firmar la petición en contra de la guerra que Fromm le había enviado. Pero en octubre 1959 en su diario se hace la pregunta: "¿Cuántos Cristianos han tomado una postura seria y efectiva contra la guerra atómica?". Y en julio de 1960 hace crítica de la complacencia americana e infidelidad a los valores profesados en conexión con la carrera armamentista y concluye: "Siento que debo elevar mi voz y decir algo, en público, y no sé por donde empezar. Y para cuando haya pasado por los censores habrá perdido la esencia de su significado".

No obstante, entre octubre 1961, cuando "The Root of War is Fear" apareció en el *Catholic Worker*, y septiembre 1962, cuando la colección de ensayos de varias personas reunidas por Merton y titulado *Breakthrough to Peace* fue editado, Merton llegó a "alzar [su] voz en público", hasta que los censores, o más bien el Abad General, silenció su voz, por un tiempo. En una serie de artículos editados durante este periodo y posteriormente, después que la prohibición fue levantada, tuvo al menos tres metas principales:

- Primero, se mantiene firmemente contra la guerra nuclear y la mentalidad que hace la guerra nuclear impensable. Él aplica los principios éticos tradicionales de la guerra justa a la amenaza actual de destrucción nuclear, y mantiene que la

guerra nuclear no se puede moralmente justificar. Un primer ataque nuclear, argumenta, podría ser "claramente injusto y totalmente inaceptable para un moralista Cristiano", tanto porque inicia agresión y porque resultaría en la muerte o mutilación de millones de inocentes (*Passion for Peace*). Critica la idea de que la guerra total y la destrucción de la Unión Soviética es un "mal menor" que lo que es presentado como única alternativa, capitulación a la dominación comunista; además de disidente de este pensamiento simplista, Merton insiste que tal conclusión es de hecho una capitulación al ateísmo mucho más serio que el acaparamiento por los comunistas podría ser: "Aunque la finalidad sea buena no se es permitido hacer el mal. La guerra total no es más que un suicidio en masa". Si bien considera la posibilidad teórica de que un ataque nuclear como "contraofensiva" podría cumplir las normas de guerra justa, mantiene que en realidad semejante ataque casi seguro resultaría en bajas masivas de civiles e intensificarse hacia un aniquilamiento nuclear a gran escala, y por lo tanto, es moralmente inaceptable. Considera que la noción de la fuerza disuasiva nuclear es mayormente ilusoria, ya que por ello no se ha podido evitar numerosas guerras convencionales (*Breakthrough to Peace*), y la evolución de que un primer ataque pudiera destruir las armas del enemigo antes de que sean utilizadas por ellos, creando desestabilización y haciendo más problemática la disuasión. Merton recomienda "el rechazo de la fuerza disuasiva nuclear como base a una política internacional" y aumentando los esfuerzos para un desarme genuino.

- Segundo, mantiene que la guerra convencional es también moralmente inaceptable, tanto porque con regularidad infringe las normas de la justicia como porque en la edad moderna siempre va incluida la amenaza de una escalada hacia la destrucción en masas. En "Target Equals City" (un artículo que nunca se llegó a editar durante la vida de Merton debido a la censura) señala cómo en la Segunda Guerra Mundial la erosión gradual de las restricciones morales condujeron a actos de "terrorismo puro" tales como la destrucción por bombardeos y el uso de armas atómicas; a pesar de que dichas tácticas eran totalmente incompatibles con los principios morales tradicionalmente aceptados sobre las guerras, y que en la actualidad "la doctrina tradicional sobre la guerra justa ha sido tan profundamente modificada que es casi irreconocible" (*Passion for Peace*). Más tarde señala que la destrucción de Dresden en la Segunda Guerra Mundial, donde murieron más personas que las que murieron por la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima y Nagasaki, es un ejemplo de la inmoralidad de las armas convencionales, y concluye: "Cualquier persona que participe de buena gana en la guerra moderna más tarde o temprano se verá comprometido en la cooperación de actos como estos" (*Amar y vivir*). En sus escritos posteriores sobre la inmoralidad del conflicto de Vietnam, protestaría contra lo que él llamaría "la incontenible atrocidad" de la política americana y comportamiento en este ejemplo concreto de la guerra "convencional" (*Faith and Violence*).
- Tercero, escribe para evitar tanto la mística de la guerra como la legitimidad a recurrir a la guerra como camino válido en respuesta a los conflictos sociales y políticos. Además escribe: "Solamente hay un ganador en la guerra, y ese ganador no es la justicia, ni la libertad, o la verdad Cristiana, es la guerra misma" (*Passion for Peace*). En una carta titulada "To a Statesman's Wife" (a

Ethel Kennedy, editada en *Semillas de Destrucción*) enfatiza que la guerra en sí es el enemigo principal, y sugiere que tal es el problema debido a que la fachada de la moralidad es muchas veces "un frente del egoísmo organizado e irresponsabilidad sistemática". Posteriormente compara la guerra con una adicción, y concluye: "El hombre es tan adicto a la guerra que no ve la posibilidad de cómo salir de su adicción. Y si no le puede hacer frente, la adicción le llevará a la ruina total" (*Amar y vivir*). En su prólogo en "Cold War Letters", en una edición privada, se pone al lado de los "Santo Padres, particularmente Pío XII y Juan XXIII, quienes repetidamente suplicaron la búsqueda de caminos racionales y de paz para la conclusión de las disputas, y quienes declararon contundentemente que recurrir sin reservas a la violencia destructiva en guerra total, nuclear o convencional es 'un pecado, una ofensa y una atrocidad' -Pío XII-" (*Witness to Freedom*).

Al tiempo que *Breakthrough to Peace* fue editado, se le prohibió a Merton seguir escribiendo más sobre el tema de la guerra, por motivo de que era inapropiado para la vocación de un monje. Acató a la prohibición, aunque en firme desacuerdo con "la creencia de un monje profundamente preocupado con el tema de la guerra nuclear alzando su voz en protesta contra la carrera armamentística, pudiera *desprestigiar* la vida monástica". Era evidente cuán lejos estaba la institución monástica de los temas decisivos de moral y espiritualidad del día.

Cuando la prohibición fue levantada y *Semillas de Destrucción* hizo su aparición en 1964, en la sección *El Cristiano en un Mundo en Crisis* se centró más hacia la creación de un clima de paz que en la moralidad de la guerra nuclear o convencional; pero Merton, extrayendo extensos párrafos de la *Pacem in Terris* de Juan XXIII, elabora el tema de lo que él llamaría la doble tarea del Cristiano en la lucha contra la dictadura totalitaria y la guerra, señalando que el primer aspecto no va simplemente dirigido contra el comunismo, sino "contra nuestras tendencias ocultas hacia el fascismo o la aberración total"; y, en segundo lugar, escribiría: "no solamente contra lo belicoso de la fuerza comunista, sino contra nuestra propia violencia, fanatismo y codicia" (*Semillas de Destrucción*).

En una de sus declaraciones más importantes sobre la guerra, la "open letter" (carta abierta) a los obispos americanos antes de la última sesión del Concilio Vaticano II, expresó su convicción que "el mundo moderno aún sigue creyendo en la guerra, desde las guerrillas hasta la total e incluso guerra nuclear, mientras que la guerra fría y la violencia por disuasión de amenaza, aparentemente continua con nosotros como elemento permanente de nuestra civilización" (*Witness to Freedom*). En la última versión de la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Moderno -*Gaudium et Spes*-, implora a los Cardenales que no recurran a las "distinciones de moral pura que pueda atribuirse de evasión o fariseísmo", evitando interpretaciones que permitiera el uso o incluso el uso amenazante de armas nucleares. Hace un llamamiento a "los obispos y al Concilio de testimoniar claramente y sin ninguna confusión la fe de la Iglesia en el poder del amor de salvar y transformar no solamente al individuo sino a la sociedad"... "declarando la opinión de la Iglesia sobre la guerra moderna a la luz del mensaje escatológico de salvación" más que fijarse simplemente en el contexto de las políticas de las grandes potencias. En su subsiguiente artículo *Gaudium et Spes* cita con aprobación "la condenación por el Concilio de la guerra total en el lenguaje más claro e inequívoco" (*Amar y vivir*) respaldando su llamada a "una actitud completamente nueva

hacia la guerra” y su afirmación de que el hombre debe tomar seriamente y personalmente la obligación de responsabilizar a toda la raza humana a la abolición de la guerra”. Mientras que Merton reconoce que la lucha para desarrollar esta “actitud completamente nueva” había solamente comenzado, podría darle algo de alivio y satisfacción el hecho de que habiendo sido controversial en su propio caso, la cuestión evolucionó desde una postura oficialmente no permisible hace unos pocos años hasta convertirse en gran parte de la enseñanza oficial de la Iglesia católica.

---

Texto elaborado por Francisco R. de Pascual a partir de la entrada “War” (PATRICK F. O’CONNEL) en la *The Thomas Merton Encyclopedia*, Orbis Books, Maryknoll, New York 2002.